



Izquierda, ribadoquín regalado a Carlos I, bañado en plata, con alegorías sobre su faceta de emperador y pieza más valiosa de la exposición. Arriba, empuñadura (espada) de plata, con símbolos del Cuerpo de Telégrafos, carta de presentación de su dueño.



Las armerías fueron los primeros museos y la muestra recrea una de ellas al inicio de su recorrido, al fondo su objeto más antiguo, una caña de bombardita de 1480.



De izquierda a derecha, lanza de caza, y cuatro ejemplos de armas defensivas: armadura de guerra, de infante, para justas (con testera de caballo y silla) y sobrepeto.

Catorce arneses blancos que tiene cada uno peto y ristre y dos escarcelas y espaldas, dos brazaes, dos manoplas, dos quixotes para los muslos y su celada, y siete azeros de silla de caballo que cada azero son cinco piezas

Armería del marqués de la Velada

[cultura]

SÍMBOLOS DE PODER Y FAMA

El Museo del Ejército recorre la historia de las armas más allá de su función guerrera

HASTA el 8 de octubre, la exposición *La nobleza de las armas* presenta al visitante del Museo del Ejército (Toledo) un aspecto de las armas que amplía los límites de su función guerrera.

Se trata del valor que encierran como símbolo del poder de su dueño, el reflejo del estatus social al que este pertenece y la admiración que despiertan entre sus conciudadanos cuando son un regalo.

Para dar cuenta de todo ello, la muestra reúne 165 piezas. La mayoría son del propio museo, pero no se exhiben habitualmente en sala. A estas se suman

colaboraciones específicas de los museos Naval de Madrid, Santa Cruz (Toledo) y de Armería de Álava. Razón por lo que esta propuesta es una oportunidad, probablemente única, para contemplar todas esas piezas en un mismo lugar.

Además, la exposición recuerda —o descubre, según cada visitante— cómo se gestaron los primeros museos, que fueron las armerías de las casas nobiliarias.

Su primer espacio evoca una de aquellas colecciones, representación junto a la que se exhibe su objeto más antiguo: una caña de bombardita de 1480 que, «seguramente, pudo participar en la toma

de Granada» por parte de los ejércitos de los *Reyes Católicos*, explica el comisario de la muestra y conservador jefe del Departamento de Armas del Museo del Ejército, Germán Dueñas.

La recreación pone en contexto ese papel, esa «nobleza», de las armas más allá de su función guerrera. Las casas nobiliarias las adquirían para combatir con los mejores y más avanzados medios a su alcance, pero también pensando en alimentar esos protomuseos.

La aristocracia «se servía de estas para que hablaran por ella de su poder, posición social y los logros en el campo



Espada de honor de Espartero y estuches de pistolas de lujo; las segundas por la dcha. (de duelo) pertenecieron al duque de Montpensier.

Los «espadaones del XIX», generales ilustres y sus aceros de honor, son el mejor ejemplo de la identificación arma-dueño

de batalla, haciendo lucir en lugar destacado las piezas vinculadas a esos éxitos, bien propias, bien capturadas en la contienda», explica Dueñas.

Las armerías también guardaban un lugar señalado para identificar a su señor, a través de un retrato o cualquier otra representación, y ya tenían cartelas, catálogos y un taller, donde un especialista se encargaba del mantenimiento de la colección. «Lo que hoy vendría a ser el departamento de conservación de un museo», comenta el comisario.

RECUPERAR SU ESPLENDOR

Con el tiempo, esas colecciones se deshicieron. Hoy, muchas de sus piezas aisladas se exhiben en grandes museos, como el *Metropolitan* de Nueva York.

La mayoría conservan la identificación con sus propietarios a través de, por ejemplo, la ornamentación heráldica, por lo que con la información adecuada se pueden rastrear hasta su origen.

Para ello, trabaja desde hace unos cuatro años un grupo de expertos entre

los que figura Dueñas: «La idea es ofrecer localizaciones e información básica sobre esas piezas que permitan su estudio y conocimiento como parte de las colecciones que fueron, en el contexto en el que se gestaron y cómo sirvieron al engrandecimiento de sus señores».

La Reconquista y, en especial, las campañas que culminaron en la toma de Granada incrementaron bienes, fama y, de paso, las armerías de esos linajes.

Por tanto, este momento marca el inicio cronológico de la exposición, que recorre los siglos del XV al XIX. A su vez, el final viene dado por el punto álgido de las armas como regalo y símbolo de admiración. Rol que, no obstante, ya se apunta en el segundo bloque, donde sobresale una pequeña pieza de artillería, un ribadoquín: «quizá la pieza más valiosa de la muestra, por ella misma y por su historia», subraya el comisario.

Es un trabajo del afamado armero y artesano Zagala, bañado en plata, decorado con motivos alegóricos que ensalzan la figura del rey-emperador

Carlos, para quien está pensado. Fue obsequiado con él y, aquí reside otra de sus singularidades: «puede ser una de las primeras armas de fuego que se regalan, dado que la tradición medieval las consideraba poco honorables».

También se recoge aquí la siempre presente vinculación del caballo a este mundo de prestigio y preminencia, que se remonta a la Edad del Hierro.

El equino es una prolongación de su señor, por tanto, los elementos para su protección y ser cabalgado (silla, estribos, rodilleras...) se incluyen en el diseño de las armas defensivas y, al igual que un acero o un peto, se personalizan para distinguir nombre y abolengo del dueño.

A LA VANGUARDIA TÉCNICA

Otro rasgo de estas armas-imagen de poder es su calidad técnica. Ir a la guerra con las mejores innovaciones daba ventaja en el campo de batalla al tiempo que reflejaban capacidad económica y estatus. Cualidades que sobresalían aún más en los eventos de los tiempos de paz.

Por eso y aunque cada pieza del recorrido puede dar fe de su esmerada tecnología, a la que suma en más de un caso la estética, la exposición reserva aquí una vitrina para las «Armas a prueba», empleadas para mostrar sus cualidades al comprador y con la huella de impactos que no consiguieron quebrarlas.

ARMAS DEFENSIVAS

Llega ahora el momento de armaduras y caballeros, quizá el principal reclamo para algunos visitantes a causa de la celada que protagoniza su cartel. Evocador mundo de justas y combates que guarda más de una sorpresa al visitante.

A pesar de su aspecto pesado y falto de movimiento, las armaduras —de un sinfín de tipos— eran una segunda piel para su dueño. Con ella iba a la guerra, a un torneo o una parada, y necesitaba protegerse, pero también movilidad, por lo que eran más llevables de lo que hoy en día podamos pensar.

Las usaban desde niños, como se puede ver en la exposición, por lo que estaban acostumbrados a ellas. «Se hacían a medida. Tenían más de una y, sobre todo, vestían varias a lo largo de su vida. Por ejemplo, la Armería Real conserva una de Carlos V ya de su madurez,



En la primera vitrina, armas de fuego casi experimentales y camufladas en, por ejemplo, un bastón; y en la segunda, una selección de sables y espadas de ceñir.

cuyo peto refleja los rigores de la edad», comenta Dueñas, quien, asimismo, hace hincapié en la evolución técnica de estas armas defensivas, que se actualizaban y sumaban piezas de refuerzo.

Cabe recomendar aquí una singular parada: las rodilleras cedidas por el museo de Álava. Están entre los hallazgos del trabajo antes citado y, tras la exposición, permanecerán en Toledo para ser admiradas con otras piezas de la armería del II duque de Feria, Lorenzo Suárez de Figueroa. Todo, gracias a un acuerdo entre ambas instituciones para,

al menos, los próximos cinco años más otros tantos prorrogables.

Por el avance que supone para recuperar aquellas grandes armerías y relacionar sus piezas de nuevo, Dueñas cita esas rodilleras entre sus piezas favoritas de la exposición, en la que las armas de fuego son las siguientes grandes protagonistas. Una vez más, en ellas se unen calidad, tecnología y belleza.

Son nuevos tiempos y, en sus retratos, los grandes señores cambian sus armaduras por escopetas de caza, deporte y encuentro social al que acudir con las



Las armas orientales, como estas de origen japonés y chino, también fueron símbolo de posición social, en especial, después de que Felipe III recibiera algunas de ellas como regalo diplomático.



Espada «joya» de ceñir y «honor», regalo de los Reyes de España al general O'Donnell por sus victorias en la Guerra de África (1859-1860) y de la que la exposición incluye una fotogrametría para poder ampliar cualquier detalle.



Casco para ir a la guerra y «a prueba» del disparo de mosquete, que recuerda el interés de los grandes señores por adquirir la mejor tecnología y cómo los armeros demostraban la calidad de sus trabajos a los compradores con fuego real, como refleja la abolladura de la pieza.

mejores galas aunque ya no se perciba como un aprendizaje para la guerra.

Además, armas cortas, como pistolas, arcabucillos y revólveres, sustituyen —principalmente— a las espadas como accesorio y medio para la defensa personal. «Salir a la calle con tu acero, ya informaba a los demás de una posición de privilegio», comenta Dueñas.

En su devenir, la exposición abre un paréntesis para incorporar un nuevo grupo: armas de allende los mares, en especial, de oriente, sobre todo, de origen chino y japonés. Mucho tuvo que ver en esta nueva moda la selección que una embajada del imperio del sol naciente regaló a Felipe III (1613).

EXPRESIÓN DE LAS MEJORES VIRTUDES

También fueron obsequio diplomático y de colección las armas de fuego. Incluso se anhelaban piezas de armeros foráneos de prestigio y las primeras exposiciones universales se convirtieron en un escaparate único para ello. De igual forma, dieron luz a las firmas nacionales, ya que los países acudían con sus mejores propuestas y las armas estaban entre ellas.

Tales citas surgieron en los últimos compases del siglo XIX, también recta final de la exposición y donde las armas blancas —espadas y sables— brillan con más simbolismo y belleza.

En ellas, el vínculo acero-propietario alcanza un punto álgido. Además, por lo general, son regalos de respeto y admiración hacia el homenajeado y se personalizan de tal manera que, sin duda, hablan de su propietario: si era ingeniero, había sido destacado por la corona... todo se recrea en empuñadura y hoja.

Aquí, sobresalen las del llamado *Bonque de las espadas*, auténticas joyas entre las que figuran las de generales de todos conocidos como Espartero, que despuntaron en el campo de batalla y después alcanzaron las más altas cotas en la política y en los designios del país.

Ellos fueron los «espadoes del siglo XIX», nombre que comparten con sus armas de honor, es decir, la identificación total entre unos y otras, normalmente regalos costeados por suscripción popular y que tienen carácter histórico.

Sin duda, un broche de alcurnia para este paseo por la historia de las armas como símbolo de poder y fama.

Esther P. Martínez/ Fotos: Hélène Gicquel

TIPOS DE ARMAS

EXISTE un sinfín de posibles clasificaciones para el estudio y conocimiento de las armas: «esas herramientas, medios y máquinas que sirven para atacar o defender», según la Real Academia Española.

Así, se pueden dividir según su uso (infantería, caballería, artillería), época (Edad Media, Moderna, Contemporánea...) y origen entre otros criterios, por ejemplo, el llamado «tipologías generales», esbozado en este cuadro.

Armas defensivas

SIRVEN para la protección de quien las porta y, como se ha indicado, su clasificación puede seguir diferentes criterios. Entre ellos, los de decoración y escuela o taller

de fabricación. Es posible organizarlas como parte de un todo, la armadura, o cada pieza en sí misma. Incluso hay un apartado para prendas tejidas con hilos metálicos.

ARMADURA

Maximilianas o alemanas, de guerra, de caballería, etc.



Greba y qui-jote. Preservan las piernas.



Peto. Protege el pecho (milanesa de infante).

ESCUDO

Se usa en el brazo para resguardarse y existen tipos diversos.



Rodela. De acero para luchar con espada.



Adarga. De cuero, usada en Nueva España.

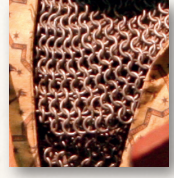
CASCO

Protector de cabeza.



Celada. De caballería, uno de sus tipos.

DE MALLA
(o anilla) Tejido metálico.



Detalle de cota. Para cuerpo y brazos.

Armas ofensivas

TIENEN por misión acometer y abatir al contrincante, sea un combatiente, una pieza de caza o una plaza fortificada. Sus múltiples clasificaciones dan tipos como las

«enastadas» (vara con una punta de metal) y las de fuego, más sofisticadas y que se pueden dividir, por ejemplo, según su sistema de disparo: mecha, pedernal, percusión...

PERCUSIÓN O IMPACTO

Gran pegada.



Martillo. Lucha cuerpo a cuerpo a caballo.

ARMAS BLANCAS

Aceros para guerrear o cazar, con empuñaduras diversas.

Cortas



Daga de mano izquierda. Protege el puño.



Machete de montería o bayoneta de taco.

Largas



Espada. Hoja recta y, en este caso, de lazo.



Espadín. Acero muy estrecho y triangular.

ARMAS ENASTADAS

Pica, alabarda,



Lanza de caza. Decorada con grabados.

ARMAS DE PROPULSIÓN

Más distancia.



Ballesta. Para la guerra o la caza.

ARMAS DE FUEGO

A través de una pequeña detonación lanza el proyectil.

Cortas



Revolver. La munición va en su tambor.



Pistola. Sistema de disparo de pedernal.

Largas



Mosquete de mecha. Uso en infantería.



Carabina. Más precisa que el fusil.

ARTILLERÍA

Gran tamaño y larga distancia.



Culebrina. Detalle, imagen de Felipe II.